

adopta un aire juguetón e, incluso, aflora en él una ligera y tierna ironía. Resulta curiosa la afirmación de Borges de que de tantos engendros surgidos de la imaginación humana (monstruos, tritones...), sólo la figura del ángel pervive aún. Por los mismos años en que Rafael Alberti componía *Sobre los ángeles*, el argentino se daba a estas vaporosas cavilaciones, que adelantan su preocupación por temas de tipo teológico. «Historia de los ángeles» es el anverso de un ensayo que publicará más tarde en *Discusión* (1932), bajo el título de «La duración del Infierno», donde Borges pasa revista a los diversos infiernos que ha imaginado el hombre.

Por todo lo dicho, *El tamaño de mi esperanza*, a mi entender, no debe aislarse, bajo ninguna excusa, de la trayectoria literaria del genuino lector que fue Jorge Luis Borges, sino que, a partir de esta nueva edición, participa activa y normalmente de las contradicciones y fidelidades que recoge la obra borgiana.

Francisco José Cruz Pérez



Historia y leyenda del cante flamenco

Reconstruir la historia del cante flamenco desde su origen ha sido siempre y sigue siendo también hoy un empeño lleno de grandes y graves dificultades. Desde Antonio Machado y Álvarez, «Demófilo», hasta el más reciente de los investigadores flamencos, todos cuantos han emprendido esa labor se han visto obligados a moverse en un incómodo espacio situado entre la perplejidad y la conjetura, entre la imposibilidad de saber a ciencia cierta y la necesidad de elucubrar con mayor o menor acierto y fortuna. Es innegable que hoy sabemos más de la historia del cante que hace, por ejemplo, cincuenta años, pero también es evidente que todavía sigue siendo mucho más y de mayor importancia lo ignorado que lo sabido, lo supuesto que lo confirmado. Esta deficiencia no hay que achacarla, ni mucho menos, al desatino o a la incapacidad de los investigadores de este misterioso arte, sino a las peculiares circunstancias en las que se gestó y alumbró, como una perla nacida de la miseria y del desamparo de los parias, como un grito desnudo de quienes vivían huérfanos de la letra y la palabra, marginados y asfixiados en las cloacas de la historia, revueltos en hambre, desprecio y lágrimas.

El cante flamenco carece prácticamente de tradición escrita porque sus creadores no sabían leer ni escribir, no conocieron el calor y el olor de una escuela, sino la maloliente pobreza de la choza o de la cueva, el ajeteo del camino y de la errancia, la agobiante oscuridad de la mina, la desesperada urgencia de buscarse la vida en todas partes. El cante ha pervivido como lo hizo la poe-

sía más antigua, es decir, mediante la transmisión oral, grabándose en la memoria común de sus cultivadores, pasando de unos a otros como un preciado testigo al que cada cual añadía aquello que su capacidad y su buen o mal entender le permitieran. Por eso, quien se afana en seguir las huellas históricas del flamenco tropieza enseguida con el mayor escollo para un historiador: la ausencia de fuentes objetivas y directas. El historiador del flamenco es una *rara avis*, un híbrido entre el erudito y el poeta, pues está obligado, por partes iguales, a rebuscar en toda clase de papeles y legajos y a imaginar por su cuenta muchas cosas que ningún documento puede atestiguarle; debe poseer, en igual medida, seriedad en su dedicación y agilidad en su intuición. Se ve obligado en unos casos a manejar fuentes escritas indirectas, de personas ajenas a ese mundo (escritores y viajeros principalmente) y en otros sólo puede recurrir a testimonios orales y directos de sus protagonistas, con toda la subjetividad e incluso las contradicciones que ello acarrea. Además, para colmo, es la suya una actividad muy dada al diletantismo, a la falta de seriedad y profesionalidad, pues son muchas las personas que se autoproclaman y autoinvisten como flamencólogos por mero deseo de notoriedad, sin la preparación y el rigor que el caso exige y merece. A la vista de todas estas circunstancias, resulta más fácil comprender por qué es tan problemático referirse a la historia del cante flamenco. En ella hay tanto de historia como de leyenda; hay hechos y hay mitos; se dan, en una singular mixtura difícil de separar, el dato y el relato, el suceso y su transmisión como personal vivencia. A todo ello hay que añadir, además, la problemática historia de las diversas teorías sobre el origen del flamenco, que enredan definitivamente la cuestión.

Si alguien desea hacer la prueba de cuanto vengo diciendo bastará con que pregunte o se pregunte cómo y cuándo surgió el flamenco, por qué se le llama así, a qué se debe el nombre de sus diversos estilos o *palos*, quiénes intervinieron en su gestación, es decir que bastará con que se plantee cuatro cuestiones esenciales para delimitar un hecho (quién, cómo, cuándo y dónde) y verá al instante salir a su encuentro toda suerte de hipótesis, teorías, ocurrencias mejor o peor traídas, testimonios variopintos y encontrados, sostenidos bajo riguroso juramento de honor de todas las partes, pugnas lamentables teñidas de racismo, localismo o divismo; verá, en

definitiva, que en la historia del flamenco, sobre todo en sus primeros tiempos, lo único claro es que poco o nada está claro. En consecuencia, si a pesar de tantos inconvenientes alguien desea de buena fe poner alguna luz en tanto misterio y no renuncia a escribir una historia del cante flamenco, bueno sería que aplicase el más práctico y prudente principio que se ha descubierto para habérselas con misterios indescifrables y litigios irresolubles, esto es, exponer, en la medida de lo posible, el estado de la cuestión, diferenciando la parte en la que existe un denominador común entre los investigadores de aquella otra en la que el conflicto persiste. En suma, habrá de ajustarse al modelo de historiador-notario de la realidad con la mayor honradez posible.

Tales son el principio y el modelo por los que en buena medida se ha regido Ángel Álvarez Caballero en el libro, recientemente aparecido, que lleva por título *El cante flamenco* *. Se trata de una obra en la que deliberadamente se busca, sin renunciar a exponer las posturas personales, el equilibrio, el rigor y la verdad común. Este libro es, en realidad, la refundición y ampliación de otro anterior del mismo autor titulado *Historia del cante flamenco*, que apareció publicado por Alianza Editorial en su Colección de Bolsillo en ediciones de 1981 y 1986. Es, como dice el propio Álvarez Caballero, «un heredero que ha crecido, que se ha desarrollado notablemente». Se trata, dicho sea de antemano, de una obra rigurosa y bien documentada, propia de quien, desde hace ya doce años, viene ejerciendo la crítica de flamenco en el diario *El País* con gran profesionalidad. Es también la obra de un hombre estudioso y apasionado por este arte, pasión que, aunque contenida por el deseo de objetividad, transluce en algunos pasajes concretos, como cuando habla, a mi entender con acierto, del valor arquetípico del canto por seguiriyas, de la naturaleza enigmática y esencial del *duende* o de la verdad y autenticidad como valores fundamentales del cante *jondo*.

El libro es un ameno recorrido por la historia del cante flamenco desde sus orígenes hasta los tiempos más recientes, desde El Planeta y El Fillo, los míticos patriarcas primitivos, hasta Camarón y Morente, los últimos y más contemporáneos genios creadores, estable-

* Ángel Álvarez Caballero, *El cante flamenco*, Alianza Editorial, S.A. Madrid 1994.

ciendo seis épocas distintas dentro de dicha historia, que se corresponden con las seis partes en las que está dividida la obra: Los Primitivos, La Edad de Oro, Tiempos de Transición, La Dictadura del Operismo, El Renacimiento y Los Contemporáneos. Ese recorrido diacrónico es aprovechado para mostrar, al mismo tiempo, el nacimiento de los distintos estilos o *palos* flamencos (las tonás, el romance y la alboreá, el polo y la caña, la seguiriya y la soleá, etc.), mencionando a los *cantaores* que intervinieron en esa gestación y los lugares en los que ésta se fue produciendo. A la vez, todo ello se halla justificado con las aportaciones documentales y las teorías de los distintos estudiosos del cante flamenco. Por tanto, el lector puede encontrar en la obra de Álvarez Caballero una relación detallada y pormenorizada de los *cantaores* y sus vidas, de los cantes y sus lugares de nacimiento, además de una mano firme que le guía por entre la espesa maraña de datos y teorías existentes sobre todos esos aspectos.

El resultado alcanzado por el autor en este complejo empeño me parece muy notable: ha conseguido un libro que puede contentar por igual a los no iniciados y a los expertos, a los nuevos y a los viejos aficionados, ya que posee como grandes virtudes la capacidad de síntesis, la claridad de concepto y de exposición. Ha evitado las explicaciones prolijas e innecesarias, usando una prosa limpia y sencilla y huyendo como de la peste de esa retórica flamenca ríspida, grandilocuente y banal que es, por desgracia, tan frecuente. En las más de 400 páginas de *El cante flamenco* podemos encontrar todo tipo de información pertinente sobre este arte, desde nombres y fechas hasta teorías, letras, anécdotas, entrevistas, ilustraciones, fotografías, glosario, bibliografía, discografía, hemerografía. Sin embargo, Ángel Álvarez Caballero no se ha limitado a redactar esos conocimientos como un espectador impasible de su labor. Es obvio que tiene sus propias opiniones y que ha tomado partido, lo contrario sería extraño en un verdadero amante del flamenco. Veamos tres ejemplos, tal vez los más significativos y polémicos. En primer lugar, toma parte en la polémica flamenca por antonomasia, la de los orígenes, el gran frente de batalla de todos los estudiosos del cante, y denuncia el, según sus palabras, «falso mito de la clandestinidad» del flamenco, es decir, se opone a la tesis según la cual este arte pudiera haberse desarrollado durante un largo pe-

riodo anterior a la segunda mitad del siglo XVIII, en la llamada por algunos investigadores «época hermética». Así, afirma, «si no hay noticias de la existencia del cante con anterioridad a las fechas que venimos manejando lo primero que hay que pensar es que *no hay noticias porque no había cante*». Dicho en otros términos más directos, lo de la época hermética a nuestro autor le suena un poco a leyenda sin fundamento. En segundo lugar, tampoco elude pronunciarse sobre esa especie de guerra civil y fratricida que aqueja al flamenco desde su cuna y que divide artificiosamente a aficionados y estudiosos en gitanistas y antigitanistas. Álvarez Caballero sostiene «que no es posible entender el nacimiento del cante sin valorar antes que nada el elemento gitano como factor determinante». Estoy seguro de que esta frase ya habrá empezado a darle los primeros disgustos y le habrá colocado ante el bando contrario la vitola de sospechoso o, lo que es peor, aborrecible gitano. Más aún cuando, como tercera muestra de compromiso personal, no ha dudado en arremeter con firmeza contra la llamada «ópera flamenca», dejando a Pepe Marchena y su discutida escuela en un lugar poco honroso en la historia del flamenco. No voy a entrar aquí a discutir tales pronunciamientos, pero sí diré que me parecen argumentados con honradez y seriedad, sin juicios arbitrarios ni enconos personales.

Dicho lo anterior, alguien podría preguntarse, y preguntarme, ¿es que este libro no tiene defectos? Claro que puede tenerlos, como todo en este mundo. No olvidemos que cada cosa posee su vicio allí mismo donde se halla su virtud, pero en este caso las virtudes se me antojan mucho más evidentes, porque encuentro un gran equilibrio entre lo perseguido y lo logrado por el autor. Más aún si tenemos en cuenta la gran dificultad de la tarea emprendida. En suma, *El cante flamenco* de Ángel Álvarez Caballero es una obra muy recomendable para todo tipo de lectores, muy útil y muy digna, en la que se ha acertado a mostrar tanto lo que sabemos como lo que ignoramos del asunto, lo que ya ha sido probado y lo que todavía hoy sólo puede ser imaginado, el dato y el enigma de este arte conmovedor, su historia y su leyenda.

José Martínez Hernández